

# «El futuro de la inteligencia artificial: perspectivas críticas y proyecciones»

Laura Sabesinsky

Río Negro, Argentina

La inteligencia artificial está a punto de succionar el alma del arte.  
En un mundo en el que se permita a las máquinas sustituir a los artistas,  
toda la cultura será simplemente una versión  
cada vez más reducida y derivada de lo que ya existe.  
Luke Savage

Hace unos días escuché a una persona comentar fascinada, que había aprendido a utilizar una nueva aplicación de inteligencia artificial para escribir cuentos muy buenos y graciosos sin ningún esfuerzo.

La anécdota, lejos de causarme simpatía, me espantó, arrojándome a una duda tan inesperada como vital: ¿será posible que en un futuro no muy lejano la inteligencia artificial se imponga de tal manera, nos supere de una forma tan absoluta, que consiga provocar la desaparición o hasta la pérdida de sentido de la producción literaria humana? ¿Acaso el desarrollo inexorable de la inteligencia artificial generativa no nos dejará otra alternativa más que delegar masivamente en máquinas acciones creativas tan personales como la escritura? ¿Nos abandonaremos entonces plácidamente a la pérdida paulatina de centros y conexiones cerebrales cuya especialización en esas funciones demandó un proceso de miles de años, dando finalmente origen a una nueva y deshumanizada humanidad?

En una primera reacción y tal vez como una forma de autodefensa ante un panorama tan desolador para la actividad creativa humana y hasta para nuestra propia identidad como especie, vienen a mi mente las palabras de Yuval Noah Harari: “La historia nos enseña que aquello que parece estar a la vuelta de la esquina puede no materializarse nunca debido a barreras imprevistas y que otras situaciones hipotéticas no imaginadas serán las que de hecho ocurran... Cuando el Sputnik y el Apolo 11 encendieron la imaginación del mundo, todos empezaron a predecir que, a finales de siglo, la gente viviría en colonias espaciales en Marte y Plutón. Pocas de estas predicciones se han hecho realidad. En cambio, nadie previó internet.” (Harari, 2014, p. 377)

Para comenzar a tratar de desentrañar estos interrogantes me pregunto desde la inquietud más básica en qué consiste exactamente la inteligencia artificial (IA) y especialmente la inteligencia artificial (IA) generativa.

La IA es una rama de la informática que busca desarrollar algoritmos y modelos que permiten a los procesadores realizar tareas que normalmente requieren inteligencia humana, como analizar datos, hacer predicciones, tomar decisiones y automatizar la resolución de problemas, incluso comprender el lenguaje y a través de él interactuar con personas.

La inteligencia artificial generativa específicamente se enfoca en crear contenidos nuevos a partir de los datos con los que fue entrenada, y, mediante la interacción con humanos y la retroalimentación continua, usando el método de prueba y error y el acceso ilimitado a la acumulación del saber y de la idiosincrasia humana almacenadas en el mundo de la Web, aprender, evolucionar y adaptarse a nuevos entornos, casi como si fuera un organismo vivo.

Los softwares de IA generativa son capaces de desarrollar teorías matemáticas, escribir poesía, producir obras plásticas, componer música, en síntesis, imitar en general el comportamiento creativo humano.

Específicamente en la escritura, la IA está revolucionando el modo de hacer literatura invadiendo todos sus espacios, desde sus formas de producción y análisis hasta la manera en que nos acercamos a su lectura, a través de múltiples herramientas digitales que, desde hace un tiempo, vienen facilitando las siguientes acciones:

- Generar textos de todo tipo, como relatos, poemas, cuentos, artículos periodísticos, hasta novelas, a partir de la indicación de unas pocas premisas condicionantes, aunque muchas veces se requiere la supervisión y edición humanas para garantizar la calidad del texto final.
- Recurrir a infinidad de asistentes que ayudan a las y los escritores con sugerencias de trama, personajes y estilo, también a explorar o probar muy rápidamente diversas posibilidades narrativas y estilísticas para un mismo escrito.

- Corregir la ortografía y gramática y editar de forma automatizada textos, mediante la identificación de repeticiones, redundancias o frases demasiado largas y ofrecer alternativas más concisas y claras.
- Analizar obras literarias, identificando estructuras, temas y estilos, evaluarlas y comentarlas, reconociendo además patrones y tendencias, e incluso llegar a predecir el éxito comercial de un texto basándose en análisis de mercado.
- Al reconocer patrones y estilos de escritura, generar textos a la manera de un autor, de una época histórica determinada, de un género narrativo específico.
- Traducir y adaptar obras a diferentes idiomas y culturas. Gracias a los avances en el procesamiento de lenguaje natural, la IA puede analizar y comprender el contexto y el significado de un texto en un idioma y luego elaborar una traducción precisa en otra lengua, modificando referencias culturales o contextos históricos para que sea más comprensible para el lector perteneciente a otra cultura.
- Recomendar libros basados en preferencias e intereses personales.
- Sugerir elementos visuales y auditivos para enriquecer la experiencia de lectura.

Y, aunque sabemos que a lo largo de la historia los grandes hitos en la innovación tecnológica provocaron en un principio reacciones adversas basadas en el miedo a lo desconocido o a la sustitución laboral, al parecer hasta el momento la mayoría de personas demuestra una gran aceptación en cuanto a los medios que provee la IA y la percibe como una maravillosa e inocente forma de facilitar el oficio de escribir y expandir los propios horizontes, sin perder la sensación de control sobre aquello que se produce.

No obstante, su accionar no es tan franco como parece, son cada vez más los investigadores, intelectuales, artistas, militantes políticos, que advierten que la inteligencia artificial no es una herramienta neutra y objetiva. Su desarrollo y difusión han estado fuertemente influenciados por las estructuras económicas, sociales y culturales dominantes y el poder de los gigantes tecnológicos que la desarrollan.

Si bien sus orígenes se remontan a las investigaciones académicas y científicas iniciadas en las décadas de 1950 y 1960, con el objetivo de resolver problemas complejos y entender mejor los procesos cognitivos humanos, la IA no ha evitado en su construcción la inclusión de sesgos y estereotipos. Prejuicios sobre raza, clase social, género, la exaltación de la meritocracia como forma de alcanzar el éxito social o el individualismo y el consumismo, se esconden muchas veces de forma velada en sus producciones. Esto sucede, por un lado, porque estos programas han sido diseñados por personas no exentas de preconcepciones e inmersas en contextos específicos y, por otro, porque los datos y respuestas con que se retroalimentan también los contienen, incluso en el entrecruzamiento permanente de información, se exacerban.

No olvidemos que la inteligencia artificial es un producto más del avance de la ciencia y la tecnología y que a pesar de haber llegado al público en general recientemente, como todo desarrollo científico, es el resultado de un largo proceso complejo, colaborativo y situado. Proceso que ha requerido mucha inversión de dinero en investigación, recursos tecnológicos y energía, que ha sido posible y por lo tanto gestionado y direccionado, por lo menos en occidente, por las corporaciones empresariales más importantes, que concentran un enorme poder económico, tienen gran influencia sobre los gestores políticos de las naciones y sobre el pensamiento del público en general.

Las formas en que se interpretan y cuentan los hechos, ficcionales o no, son herramientas poderosas que van moldeando la percepción de la realidad y la construcción de valores e identidades de las personas y comunidades. La IA tiene potencialmente una gran capacidad para controlar y difundir estas narrativas y consecuentemente influir en nuestro pensamiento, en determinar lo que se ve como normal o natural, es decir, la capacidad de establecer el sentido común hegemónico, lo que se da por sobrentendido y se acepta sin cuestionamientos. Por primera vez en la historia nos encontramos frente a una tecnología capaz de automatizarse, de aprender de sus propios errores y de tomar decisiones en función de un propósito, como ocurrió por ejemplo cuando los algoritmos de Facebook -diseñados para captar el interés de los usuarios con el fin de lograr que pasen el mayor tiempo posible inmersos en la plataforma- comprobaron por sí mismos que lo más efectivo para cumplir con sus objetivos era sugerir a los navegantes noticias, videos, grupos y cuentas con contenidos sensacionalistas, sexistas, violentos, sin importar si implicaban información falsa o tergiversada, que lejos de promover la empatía con la o el otro, exacerban sentimientos como la indignación, el odio y el morbo individual.

“Lamentablemente, cada vez más nos encontramos confiando nuestras decisiones a tecnologías cuya influencia no apreciamos plenamente... Los estados-nación, que se supone debían gobernarnos y protegernos, se encuentran cada vez más subordinados o hibridados por los gigantes tecnológicos... Ha surgido un nuevo monstruo en la escena política, encarnado por estas corporaciones tecnológicas que ejercen una influencia cada vez mayor sobre nuestra sociedad al seguir una ideología libertaria de derecha. Desde la acumulación primitiva de nuestros datos por parte de GAFAM, nunca han sido tan capturados y explotados con fines comerciales.” (Álvarez Terán, 2025)

Las cinco empresas tecnológicas más grandes y poderosas del mundo cuya sigla es GAFAM (Google, Apple, Meta, Amazon y Microsoft) dominan redes sociales, comercio electrónico, sistemas operativos, búsquedas de datos, lo que las convierte en actores decisivos en la economía global y forman parte de nuestro hacer cotidiano.

Claudio Martínez (2025) nos alerta sobre “el riesgo que implica el uso de la inteligencia artificial en el arte, sin reglas y un marco regulatorio lógico, lo cual pasa a ser un crimen cultural. Es necesario, de forma urgente, la creación de leyes para frenar este avasallamiento sobre la soberanía e identidad de nuestros pueblos.”

Como una respuesta regional a la intromisión cotidiana en nuestras vidas de este artificio manejado por el poder económico del norte global, avanza un proyecto de IA latinoamericano liderado por Brasil y Chile, con la participación de la Universidad de Córdoba, que se estima que estará disponible durante 2025. “Se llama Latam GPT y es un modelo entrenado con datos de nuestra historia, nuestra manera de ver el mundo y nuestra idiosincrasia... para desarrollar capacidades que den independencia y poder tomar decisiones sobre cómo la IA impacta en la sociedad. Para combatir sesgos, la desinformación y los prejuicios que bajan las corporaciones tecnológicas cuando hablan de nosotros. Para preservar nuestras culturas, para aumentar la representación general y para desarrollar conocimiento, es decir para avanzar hacia la soberanía tecnológica.” (Martínez, 2025)

Por otro lado, dentro de la comunidad literaria ya se han planteado contradicciones y rispideces desde el punto de vista de la propiedad intelectual. Miles de autores, así como otros artistas y hasta medios periodísticos, se han unido para exigir judicialmente a los líderes de la industria de la IA como OpenAI creadora de ChatGPT, Meta de Llama, Anthropic y otras, una retribución justa y la obligación de contar con su autorización en el caso de utilizar sus obras para entrenar a los modelos lingüísticos. Hasta el momento la batalla judicial se viene perdiendo ante el poder de lobby de los dueños de estos grandes consorcios y la dificultad en ofrecer pruebas concretas.

Sobre esta situación no se ha desarrollado una única postura, por el contrario, abundan diversas opiniones.

La inteligencia artificial generativa evoluciona como una avalancha y en poco tiempo su producción en escritura, plástica o música superará en cantidad todo lo creado por la humanidad desde que despertó a la imaginación. En la tienda de Amazon existe a la venta desde hace un tiempo una categoría de libros cuya autoría se atribuye a ChatGPT, sin que esto parezca haber causado algún tipo de reacción o disgusto entre los usuarios de esa plataforma de venta online.

Ya en el año 2023, la escritora japonesa Rie Kudan, ganadora del concurso literario más importante de su país, “confirmó que alrededor del cinco por ciento de su libro fue generado palabra por palabra por la inteligencia artificial” (Choi y Annio, 2024) y esa confesión no pareció perturbar la decisión del jurado. Este sería un claro ejemplo del uso de la IA más como colaborador creativo que como herramienta o asistente de escritura.

Tal vez, y antes de que sea demasiado tarde, haya llegado el momento de plantearnos el lugar que le daremos a la inteligencia artificial en los procesos creativos, es decir en lo que hasta ahora considerábamos la esencia de lo humano, esto es la producción artística, en particular la literaria.

En una inmensa cantidad de artículos, charlas y publicaciones a los que podemos acceder fácilmente en internet, pensadores de distintas ramas del saber humano están reflexionando sobre esta problemática, no solo desde el punto de vista de quién desarrolla y maneja la IA y cuáles deberían ser sus límites o el marco regulatorio que la rija, sino desde otras perspectivas: ética, filosófica, estética y artística.

Surgen entonces algunas preguntas que aún no tienen respuestas definitivas y que estimo continuarán debatiéndose por largo tiempo: ¿Qué pasa con la originalidad y la singularidad de la escritura? ¿Y la intencionalidad que guía todo texto? ¿Y la autenticidad y la autoría como identidad primordial de lo literario?

¿Dónde queda la función y el propio sentido del arte si cualquiera puede hacerlo dando indicaciones a una máquina? ¿Valorará el público de igual manera lo generado por procesadores tanto como lo escrito por autoras y autores? ¿Será capaz de encontrar diferencias entre ellos? ¿La seducción de lo hecho por un aparato será más fuerte que el atractivo de la personalidad de un escritor o escritora? ¿Se convertirá alguna vez en banal el invertir tiempo, esfuerzo y corazón en tratar de producir textos interesantes y que merezcan perdurar en el tiempo? ¿A qué llamaremos productos culturales en el futuro? ¿Habrán diferencias entre lo real y lo virtual, lo humano y lo artificial?

Crear es encontrar nuevas relaciones entre elementos existentes y toda obra creativa es un eslabón en la continuidad del acontecer histórico cultural, un producto más del acervo humano, aún en el caso de considerarse revolucionario o identificarse dentro de movimientos rupturistas o vanguardistas.

¿Pero puede la IA generativa emular este proceso del pensamiento creativo, el devenir de la creación artística, simplemente desde un desarrollo, por más complejo que éste sea, basado en la agregación y entrecruzamiento de datos conforme recetas extraídas del análisis de cómo los humanos lo han hecho a lo largo de los siglos?

Si bien Savage (2023) nos dice que “Hay que reconocer que (en la IA generativa) hay una creación, en el sentido más profundo, que para este caso podríamos llamar creación combinatoria, lo que significa que el GPT no responde solo con lo que ya existía, sino que con lo existente crea respuestas. Y si se le hace diez veces la misma pregunta no responde diez veces la misma cosa, porque en los minutos que pasan entre la primera y la segunda pregunta, se va articulando con otras cosas incluyendo la propia respuesta anterior.” También nos advierte que “Lo que hace concretamente es agregar una información sobre otra, establecer correlaciones bajo una lógica agregativa... la creatividad computacional es, en última instancia, un esfuerzo mecanicista, y el arte generado, de todo tipo, no es más que la agregación de puntos de datos granulares... un páramo de contenidos derivados y generados algorítmicamente, muy pocos de ellos significativamente nuevos.”

En este sentido, muchos intelectuales e investigadores de las ciencias sociales plantean que la creatividad artificial, aunque impresionante no es comparable a la humana, puede simular o copiar objetivos, pero no tiene intencionalidad propia, sigue instrucciones y metas programadas, se basa en datos existentes y de alguna manera acotados en su inmensidad, lo que aumenta su eficiencia, pero limita su originalidad.

Mientras que en literatura “un relato de ficción es algo por su misma esencia liberado de su condición utilitaria... La creación nace entonces de lo particular, cualquiera sea la particularidad que como ser humano le quepa a quien escribe, y es la focalización de lo pequeño lo que permite por la vía de lo metafórico inferir el ancho mundo... Así, un escritor pone al desnudo, desnudándose a sí mismo, aspectos insospechados de la condición humana... escribe no para demostrar ciertas verdades sino para buscarlas en el proceso de escritura que es en sí mismo un camino de conocimiento... y a la vez productor de aquella mirada personal sobre el mundo que es lo único que puede acercar quien escribe a sus lectores.” (Andruetto, 2008)

Contrariamente la inteligencia artificial carece de la singularidad de lo vívido y de la experiencia de las emociones humanas, que también se regocijan en lo inútil, en lo vano, en lo superfluo y no actúan solo guiadas por la razón y la búsqueda de eficiencia. La inteligencia artificial no es capaz de arrojarse voluntariamente al abismo, ser tonta porque sí, sumergirse en búsquedas sin sentido, equivocarse sabiendo que va a hacerlo, ir hacia lo incierto, jugarse por una obsesión, apostar por lo desconocido, moverse solo por instinto o intuición, sostener lo incorrecto o lo ridículo hasta el cansancio, cometer el mismo error mil veces, expresar una opinión sabiendo que será rechazada, como hacemos las personas.

La inteligencia artificial puede combinar elementos, pero carece de esa integración de la percepción y el sentir humanos mediante la cual cargamos de sentido a las cosas, la comprensión es un proceso que implica a cada una de las células de nuestro organismo. Al decir del investigador Miguel Benasayag, “no es lo mismo funcionar que existir.” Las máquinas funcionan, no son artistas que existen. La reproducción no es creatividad.

Resulta muy dudoso que la inteligencia artificial pueda engendrar arte en estos términos, y mucho menos que pueda imaginar un futuro distinto que todavía no sucedió, la utopía de una sociedad realmente en paz, no ficticia, en la que prime por sobre todas las cosas el respeto por la vida en todas sus formas.

Desde lo más profundo de nuestra condición humana estamos destinados “a mantener la desmesura de imaginar otros mundos sin explotación y opresiones. Porque frente a las distopías dominantes necesitamos más

que nunca utopías que nos acompañen y hermanen” (ContrahegemoníaWeb, 2025) y la literatura, como el arte en general, constituye una de las expresiones más indicada para ese propósito.

Confío en que nunca dejemos librado nuestro porvenir a las decisiones de una tecnología a la que lleguemos a considerar más inteligente que nosotros mismos y nos abramos a la posibilidad de soñar y diseñar un mundo más humano, solidario, cooperativo, justo. Que la creatividad computacional nunca sea capaz de reemplazar a la creatividad humana, y la humanidad siga siendo humanidad, distinta, pero siempre artífice primordial de su propia cultura y su destino.

Sin embargo y volviendo a Harari, en tiempos de intensa incertidumbre y especulación acerca del futuro de nuestra especie y del propio planeta como en los que vivimos, no sabremos jamás si lo que hoy vislumbramos o damos por sentado realmente sucederá. Quizás, el futuro no deje de sorprendernos y finalmente ocurra algún otro algo que nunca llegamos a imaginar.

### Referencias bibliográficas:

Alvarez Terán, Claudio (2025). IA: “Estamos perdiendo nuestra capacidad de pensar de forma independiente”. Palimpsesto. Un espacio para la reflexión, el debate y la resonancia (digital) <https://alvarezteran.com.ar/-general/ia-estamos-perdiendo-nuestra-capacidad-de-pensar-de-forma-independiente>

Andruetto, María Teresa (2008). Ponencia presentada en la Jornada de Literatura Infantil y Juvenil “Abrir un libro, abrir el mundo”, Seminario de Literatura Infantil Latinoamericana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires del 5 de julio de 2008.

Choi, Christy y Annio, Francesca (2024). La ganadora de un prestigioso premio literario japonés confirmó que una inteligencia artificial le ayudó a escribir su libro. CNN (Digital) <https://cnnespanol.cnn.com/2024/01/19/ganadora-premio-literario-japones-inteligencia-artificial-chatgpt-trax>

ContrahegemoníaWeb (2025) Publicación en Facebook, 22/03/2025 en la cuenta de ContrahegemoníaWeb

Harari, Yuval Noah (2014) De animales a dioses. Breve historia de la humanidad. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Martínez, Claudio (2025) en @lagranestafaok de Instagram, 11/05/2025 <https://www.instagram.com/p/DJhwbatp0ZK/?hl=es-la>

Savage, Luke (2023) La reproducción no es creatividad y la inteligencia artificial no es arte. Artículo en la Revista Jacobin (digital)

## «El futuro de la inteligencia artificial: perspectivas críticas y proyecciones»

Laura Sabesinsky  
Río Negro, Argentina

**TERCER PREMIO**  
**Ganadora de Categoría - Ensayo libre de No-Ficción**  
**IV Concurso Escritura Creativa UPE - 2025**

*“El futuro de la inteligencia artificial: perspectivas críticas y proyecciones”*



UNIVERSIDAD  
PROVINCIAL  
DE EZEIZA

**Universidad  
Pública  
Argentina**